

Vallejo y Espriu

Se desciende a las sombras para ascender a la luz. Tal es el sentido escueto de toda iniciación.

La poesía de Vallejo tiene la forma de un viaje iniciático, de un descenso a los infiernos del ser para recuperar el sentido a través de la experiencia de lo abisal, por eso su palabra debe entenderse como una larga tarea, un arduo ejercicio de introspección.

Sólo puede renacer lo que está sumido en el olvido. La ruptura con la tradición modernista es, en *Los heraldos negros* (1918), un claro intento de hallar la propia expresión. Esa voz humana, intrasferiblemente suya, aparece ya en el inolvidable pórtico del libro

Hay golpes en la vida tan fuertes... ¡Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... ¡Yo no sé!

El poeta es la *negra* voz de la destrucción, voz desmitificadora, inaugural. Porque, en efecto, *Los heraldos negros* «podría haber sido su obra única y no por eso habría dejado de inaugurar, en el proceso de nuestra literatura, una nueva época», escribe Mariátegui.

La palabra comienza aquí a fluir tal como al poeta le sale, sin trabas ni límites impuestos. El lenguaje coloquial refleja la tensión entre lo tradicional y lo ya personal.

Y para que nazca el verbo es necesario hacer antes la «noche del sentido» o de la cárcel, en donde *Trilce* (1922) se forma. Allá, en la cárcel, encontró Vallejo su voz propia.¹

Sin el agobio de la tradición literaria la palabra anda a temblar. El temblor parece ser el reino de *Trilce*.

Y el temblor es siempre producto de una experiencia extrema: radical destrucción y comienzo radical. Por eso, en *Trilce*, asistimos al fin y al comienzo del lenguaje, a su nacimiento. Invención o hallazgo de la palabra que supone el previo despojamiento, la orfandad o silencio como fundamento del lenguaje. Vallejo se decía a sí mismo «huérfano del lenguaje» y esta orfandad es el centro irradiante del libro.²

¹ «El momento más grave de mi vida fue mi prisión en una cárcel del Perú», dirá más tarde Vallejo. La experiencia carcelaria, los meses que van desde noviembre de 1920 a febrero de 1921, concentra en apretada síntesis, una nueva visión de la realidad por el lenguaje.

² En uno de los fragmentos de una carta a Antenor Orrego, publicado por José Carlos Mariátegui en Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana (Biblioteca Amauta, Lima, 1928) y recogido después por José Manuel Castañón en el Epistolario general de Vallejo (Pre-Textos, Valencia, 1982), el poeta alude a la orfandad o vacío creador como el lugar propio de su poetizar: «El libro ha nacido en el mayor vacío».

La destrucción de una realidad implica su existencia anterior. No hay, pues, ruptura entre *Los heraldos negros* y *Trilce*, sino continuidad. Y el mismo poeta lo declara: «Me di en él sin salto desde *Los heraldos negros*».

Es difícil hablar de los poemas de *Trilce* sin hacerlo desde el silencio que los anima. Esa parece ser la clave: Allí donde acaba el lenguaje emerge el silencio pleno de sentido.

El lenguaje es el único camino para superar las contradicciones: la nostalgia del pasado, amparado en la infancia y en el recuerdo de la madre, y la angustia del presente, huérfano y desamparado. Es sólo al derribar los límites del lenguaje, al alejarse del habla, cuando se va a lo más auténtico. Y así el poeta quiere callarse, no decir palabras, desnacerlas en el silencio que las habita.

En el poema V de *Trilce*, uno de los preferidos por Vallejo, está el hecho de la renuncia, del silencio elegido

La creada voz rebélase y no quiere
ser malla ni amor.
Los novios sean novios en eternidad.
Pues no deis 1, que resonará al infinito.
Y no deis 0, que callará tanto,
hasta despertar y poner de pie al 1.

El temblor mismo tiene la palabra. Infinita en su silencio dice ahora la eternidad sin comienzo al igual que la eternidad sin fin. El retraimiento inflama el oscuro caminar hacia la infancia, hacia el origen del lenguaje.³

Vivimos en lo dual, pero nos acercamos a lo único. En la realidad existen límites, mientras que en el adentro esos mismos límites desaparecen. Por haberse dado en lo más íntimo, por ser un lenguaje padecido en la cárcel, integra los opuestos, el coloquialismo y el hermetismo, y se hace voz única, la voz de la eternidad.

El lenguaje crea distancia que sólo el lenguaje puede anular. El de *Trilce* disuelve las conexiones lógicas y busca amparo en el silencio para retornar una y otra vez a los orígenes. Por eso, tiene como raíz común el neologismo, que básicamente expresa la realidad recién creada. Si nos referimos, específicamente, al título, vemos que entre lo *triste* (dolor) y lo *dulce* (ternura) está el *hombre*, línea media entre el lenguaje y el silencio. El hombre que crea el lenguaje es a su vez creado por éste, y *Trilce*, que se remonta hasta el nacimiento mismo del verbo, es al mismo tiempo meditación sobre el nacimiento del hombre. La lectura de *Trilce*, además de constituir un ejercicio de reflexión sobre uno mismo, constituye también una exploración del lenguaje. Libro extremado, lingüística y humanamente revolucionario.

Soy responsable de él. Asumo toda la responsabilidad de su estética. Hoy, y más que nunca quizás, siento gravitar sobre mí, una hasta ahora obligación sacratísima, de hombre y de artista ¡la de ser libre!.
Una orfandad, la del poeta abandonado a sus propios recursos, que Vallejo en Trilce rescata y que en su poesía da fe de vida.

«Tema de los temas», llama A. Coyné a la orfandad, pues la unidad de lo disperso se produce por incorporación a un centro. La orfandad se constituye en orbe y centro: orfandad de la madre (3), de Otilia (6), histórica (75). La orfandad es símbolo poético de un centro de expansión.

³ Los dos prólogos a *Trilce*, el de Antenor Orrego a la primera edición (Lima, 1922) y el de José Bergamín a la segunda (Madrid, 1930) son fundamentales para entender este verbo poético de nacimiento.